

KABUYA

*En la lucha ideológica
es absolutamente necesario
emplear el arma de la crítica*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL PROBLEMA DEL INDIIO

Uno de los primeros marxistas latinoamericanos, el peruano José Carlos Mariátegui, abordó el análisis de la situación de su país a su regreso de Europa, en donde tuvo la oportunidad de conocer la experiencia de la Revolución Soviética. Su libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) recoge lo fundamental de sus conclusiones al respecto, aunque éstas continuaron siendo desarrolladas en todos sus escritos posteriores, siempre con el propósito de encontrar el camino específico que habría de transitar la revolución peruana.

Como una parte fundamental de este análisis se destaca su caracterización del que llamó "el problema del indio", esencial puesto que las cuatro quintas partes de la población del Perú en ese momento eran indios campesinos (todavía hoy alrededor del 50% del Perú sigue siendo indio). Se trata del primer estudio marxista que se realiza en América del Sur sobre esta temática y unos de los pocos, junto con el del colombiano Ignacio Torres Giraldo, *La cuestión indígena en Colombia*, que se efectuaría en esta vasta región a la luz de este enfoque conceptual hasta bien entrados los años 60.



Como buen marxista, Mariátegui fundamenta su caracterización de los indios en un detallado estudio de lo que llama "esquema de la evolución económica", es decir, en la base material de la sociedad peruana, desarrollada desde la Conquista y la Colonia por un camino que rompió con el crecimiento anterior alcanzado bajo el régimen incaico, para presentar en la década del veinte de este siglo una coexistencia de "elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un

suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada" (*Siete.....*, 33a. edición, Biblioteca Amauta, Lima, 1976, p. 28).

En su ensayo *El problema del indio* Mariátegui ubica de entrada la situación del indio sobre una base económica y dentro de esta y como corresponde a una sociedad fundamentalmente agraria como la peruana, en el problema de la tierra: "La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra" (*Siete.....*, p. 35). Es decir, las causas esenciales de las condiciones de vida de los indios se encuentran en las formas de propiedad de la tierra, que caracteriza como semif feudales. Afirma, "La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El indio ha desposado la tierra. Siente que la vida viene de la tierra y vuelve a la tierra" (*Siete.....*, p. 47).

Durante la colonia y los inicios de la república se dio una articulación de la comunidad india con el régimen feudal, arrebatando a los comuneros gran parte de la tierra para hacer que ésta no fuera suficiente para su subsistencia, lo cual los obligaba a trabajar para el latifundista, garantizándole la mano de obra necesaria.

Pero no quiere esto decir que Mariátegui reduzca dicho problema en forma exclusiva al de la tierra, como algunos han querido interpretar su planteamiento, y

que, por lo tanto, se trate de un problema únicamente campesino, aunque es allí en donde según él se encuentra su base, su origen, y de donde hay que partir para entenderlo, pero también y sobre todo para encontrar las vías para su superación. De ahí que haya que comenzar por reivindicar el derecho del indio a la tierra.

Con fundamento en este criterio, Mariátegui hace una crítica de todas aquellas posiciones que sitúan el problema del indio y su solución en otros campos de la vida social, como hacen todavía muchos entre nosotros: el jurídico, como aquellos que creen que se trata de un problema de leyes y que la Constitución del 91 dio la base esencial para resolverlo; el educativo, para quienes plantean que se trata de un caso de ignorancia y de atraso y que el desarrollo de la etnoeducación le pondrá remedio; el administrativo, frente al cual muchos piensan que basta con cambiar la reglamentación en esta área, por ejemplo, asimilando los resguardos con los municipios, o incorporándolos dentro de la estructura político-administrativa del país, como determinó la Constitución del 91; el eclesiástico, como se hizo durante más de 100 años al entregar el manejo de los asuntos de los indios a la iglesia (Ley 89 de 1890 y Concordato con la Santa Sede), situación que en parte subsiste hoy; o el cultural, que se resolvería con el reconocimiento y respeto de la diversidad cultural y el ejercicio de la interculturalidad, como al parecer se viene haciendo desde hace casi diez años.

Para Mariátegui no se trata de sólo de que las posiciones "que ignoran o eluden a éste como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos -y a veces sólo verbales- condenados a un absoluto descrédito" y que, por lo tanto, no pueden dar salida definitiva ni transformar radicalmente la situación de los indios, sino que, además "no han servido sino para ocultar o desfigurar la realidad del problema" (*Siete.....*, p. 35) y, por consiguiente, para dilatar su solución.

Mariátegui agrega que en estas condiciones, y como lo ha mostrado la historia toda de las luchas indígenas, su reivindicación fundamental es la de la tierra, en lucha contra los gamonales que detentan la propiedad de la misma, es decir, una lucha contra las relaciones semif feudales que rigen en el campo y que atan la mano de obra indígena al suelo de una manera esencial, pues es de esta mano de obra que depende el valor principal de la tierra, pues sin ella no habría modo de ponerla a producir.



Pero, además de sus raíces en la propiedad semifeudal de la tierra por parte de los grandes latifundistas, Mariátegui considera que el problema del indio tiene también componentes raciales (étnicos) y culturales y que también éstos tienen que jugar un papel en la lucha indígena y en la resolución de su problemática. El indio, como el negro, tienen pues, al pensar de Mariátegui, un doble carácter: étnico y de clase. Así lo expresa: "constituyen una inmensa capa que con su doble carácter común, racial y de explotados, está extendida en toda América Latina" (*Ideología y política*, 7a. edición, Biblioteca Amauta, Lima, 1975, p. 54).

Este doble carácter implica en estos países una "complicación" que la política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta: el indio ve a sus opresores en los mestizos, en los blancos en su conjunto, y estos, sólo con una sólida conciencia de clase pueden llegar a su superar su desprecio por el indio. "No es raro encontrar en los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios, el prejuicio de la inferioridad del indio" (*Ideología.....*, pp. 32-33). Pero hay más, a diferencia de aquellos que condenan la comunidad india "como un rezago de una sociedad primitiva o como una supervivencia de la organización colonial. [Actitud que ha respondido] en unos casos al interés del gamonalismo terrateniente y en otros al pensamiento individualista y liberal" (*Siete.....*, pp. 78-79), Mariátegui considera que las comunidades representan "un factor natural de socialización de la tierra" (*Ideología.....*, p. 44); esto porque subsisten en

ellas formas comunitarias de propiedad de la tierra y de trabajo y elementos prácticos de comunismo en la agricultura y en la vida, es especial en relación con el ayllu. Por lo tanto, constituyen un elemento de base que posibilita el desarrollo de formas específicamente peruanas, autóctonas, de socialismo, al permitir el paso a formas colectivas de propiedad y trabajo de la tierra en el proceso de construcción socialista. Pues esta es la solución que propone, al considerar que "la hora de ensayar el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya" (*Siete.....*, p. 52).

Sostenida en este plano, la reivindicación indígena adquiere su plena validez; no planteada de otra manera. "Carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla necesita convertirse en reivindicación económica y política" (*Siete.....*, p. 36). Es así como el carácter étnico y cultural de la lucha indígena adquirirá un carácter revolucionario.

Estas ideas chocan con aquellas que en nuestro país caracterizan al indio por su autoconciencia de una identidad indígena, es decir, en el plano ideológico, negando o despreciando sus condiciones de vida, su situación material como elemento definitorio fundamental. Pero también con aquellas culturalistas, que reducen el problema indígena a una situación de desconocimiento y discriminación cultural; y su solución al reconocimiento de su diversidad cultural y al derecho a preservarla y desarrollarla dentro del sistema actual y sin que cambien sus relaciones económico-sociales con el resto de la sociedad colombiana.

O quienes reducen el posible aporte de los indios a la construcción de una nueva sociedad en Colombia en sus concepciones de la relación con la naturaleza y en su pensamiento comunitario, sin indagar ni valorar los elementos colectivistas que se dan en la realidad, en su trabajo, en su vida. Y que lo alejan del individualismo reinante en nuestra sociedad; "el indio, a pesar de las leyes de cien años de régimen republicano, no se ha hecho individualista" (*Siete.....*, p. 83). De ahí que: "la solución del problema del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios" (*Siete.....*, p. 49). Pero no de cualquier manera: "La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de 'occidentalización' material de la tierra quechua. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria" (*Siete.....*, p. 35).



ANTROPÓLOGOS, DOCENTES Y JINETES

(Tercera parte)

No. Los jinetes no han vuelto. No han vuelto porque jamás se han ido. Siguen cabalgando emocionados sólo por el cargo; motivados por el sueldo; encaminados sólo a su prestigio.

Cabalgan sin montura, reconociéndolo incluso: "No sé de funcionalismo, pero les puedo hablar durante el semestre de procesos cognitivos, que es lo que yo manejo". Frase en boca del investigador del IEPRI, Francisco Gutiérrez, quien solicita dictar una clase este semestre, bajo exigencia del Instituto, y casualmente por ello queda en sus manos el curso de Teoría Antropológica II (Funcionalismo) en la Carrera de Antropología. Sin ningún reparo dice, además, que viene es "a echar carreta"; cambia los horarios a su acomodo y de paso también lo que plantea Malinowski, por ejemplo, suplantando el concepto de sistema matrilineal y avuncular (asignado por el autor a los trobriandeses), por el de sistema matrilineal y patrilineal. ¿Confundido, profesor? ¿O amañándolo todo para su comodidad? Quizás sólo se esté acomodando en el grupo de jinetes. Y lo está logrando. Por lo menos, esto puede verse en que no admite discusión de parte de los estudiantes, característica infaltable en ustedes, seres cabalgantes.

Cabalgan, como siempre, sin noción alguna de pedagogía y mucho menos de compromiso social.

Unos capítulos del texto "Etnografía" de Hammersley y Atkinson, fueron el manual y recetario para el trabajo etnográfico en el curso de Taller de Técnicas Etnográficas con Stephen Kithel, este semestre. Este, además de dar a los estudiantes 19 pasos (en Barret, 1996: 75, 78) que, comedidamente, copió en el tablero para que los tuvieran escritos en el cuaderno. Habló del



tamaño del diario de campo y, después de ejercitar a los alumnos en la fila de un supermercado, durante 5 ó 10 minutos, los envió a trabajo de campo (mientras él salía por 3 semanas del país), y... ¡vaya sorpresa!, la práctica del curso era hacer una parte del trabajo del proyecto de Afrobogotanos, del CES, en el que participa el profesor Jaime Arocha; trabajo que debían realizar sus auxiliares de investigación, pero que, por alguna razón (de presupuestos volátiles, quizá), pasó a manos de los estudiantes de Taller de Técnicas. Mano de obra regalada (y arrodillada), porque "por falta de presupuesto" se les iba a pagar una miseria por aquel trabajo de los auxiliares (quienes devengan su buen salario mensual).

Kithel se encontraba a cargo de los cursos de Taller de Técnicas Etnográficas y de Problemática Colombiana, en Antropología, con un tipo de contrato "ad honorem", gracias a sus títulos y su procedencia (europea); criterios que son definitivos en el nivel de los jinetes. Kithel, por supuesto, también contaba con el principio de no admitir discusión de los estudiantes, ni siquiera (quizás mucho menos) de quienes él mismo categoriza como "afrodescendientes".

No contentos con todo esto, los jinetes siguen su rumbo. En el caso

de Kithel, los estudiantes de Taller de Técnicas cancelaron masivamente la materia, porque el Director no dio muchas opciones. Era eso o pasarse a otro curso (a mitad de semestre) donde sólo había cinco cupos disponibles, y eran más de quince los afectados. La última alternativa era que (¡oh sorpresa!) el profesor Jaime Arocha asumiera la tutoría de los cursos, incluyendo el de Problemática, que desde un comienzo el Departamento le había asignado, y por el cual le debían estar pagando. Sin embargo, cuando por canales regulares se le pidió al profesor Arocha que hiciera efectiva esa tutoría, él respondió que "lo iba a pensar" y al final, por sus múltiples ocupaciones como Director del CES, no lo hizo. Y es que, remitiéndonos a la época de inscripción de materias, podemos recordar que el profesor inicialmente asignado para los cursos nombrados fue Jaime Arocha. Sobre la marcha, a él le salió el cargo de director del CES y, mágicamente, apareció Kithel para asumir los cursos.

¡Qué jinetes tan jinetes! ¡Tan selectos en su tipo! No faltaba más que para lograrlo tuvieran que tomar innumerables cursos de equitación, reflejados en sus



maestrías y doctorados; en sus altos cargos institucionales; en sus conferencias en Suiza, Brasil, Francia y demás; en los años sabáticos con los que tapan sus errores "intapables" (acosos sexuales, chanchullos con la plata de la universidad, etc.), todo a costa de lo que sea y por encima de quien sea. No importa si se abandona un curso a la mitad del semestre, o si se falta a algunas los que no se hace ninguna práctica, pero sí mucho turismo

(remitirse a la agencia de viajes del profesor Virgilio Becerra).

En fin, nos convencen todo el tiempo de ser jineteados por ustedes. Porque son ustedes quienes con la nota, la inclusión en sus grupos, el concepto sobre nuestras monografías, entre

otras cosas, terminan eligiendo qué caballos son más aptos y cuáles no lo son.

Sin embargo, lo sorprendente es que sigan cabalgando sobre nosotros; sobre caballos cansados, arrodillados y arrastrados, con tapones de garrapatas en las orejas, que ya ni siquiera responden al dolor de sus latigazos.

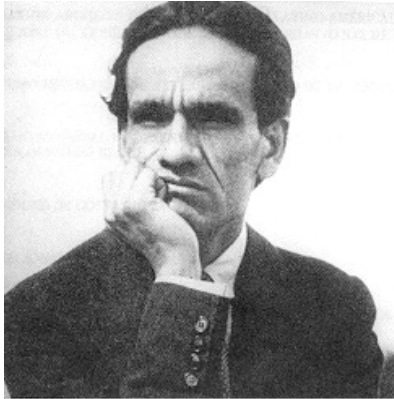
¡ ESTÁIS MUERTOS !

Reproducimos aquí el contenido de una cartelera que apareció pegada en una pared del corredor de Antropología, que fue rota y arrancada muy poco después; y que comienza con un poema del peruano César Vallejo.

Estáis muertos.

*Qué extraña manera de estarse muertos.
Quien quiera diría que no lo estáis.
Pero en verdad, estáis muertos.*

*Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana que,
péndula del zenit al nadir,
viene y va de crepúsculo a crepúsculo,
vibrando ante la sonora caja
de una herida que a vosotros no os duele.
Os digo, pues, que la vida está en el espejo,
y que vosotros sois el original, la muerte.*



CÉSAR VALLEJO

*Mientras la onda va, mientras la onda viene,
cuán impunemente se está uno muerto. Sólo cuando
las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados
y se doblan y doblan, entonces os
transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta
cuerda que ya no es vuestra.*

*Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás.
Quienquiera diría que, no siendo ahora
en otro tiempo fuisteis.
Pero en verdad, vosotros sois los cadáveres de
una vida que nunca fue. Triste destino
el no haber sido sino muertos siempre.
El ser hoja seca sin haber sido verde jamás.
Orfandad de orfandades.*

*Y, sin embargo, los muertos no son, no pueden ser
cadáveres de una vida que todavía no han vivido.
Ellos murieron siempre de vida.*

Estáis muertos.

César Vallejo

Parece ser ése el poco alentador presente del departamento de antropología: la muerte paseándose tranquila y cómodamente por las j-aulas, disfrazada de eruditos (nacionales y extranjeros) que, pese a la pobreza de sus máscaras, han fulminado con enceguedora luz a tantos de sus “discípulos”...

Resplandeciente luz mortecina que a tantos enceguece con doctorados, postdoctorados y post postdoctorados...

Resplandeciente luz mortecina que muestra como “problemas operativos” los que no son sino reflejos del papel que cumplen los cursos y los estudiantes que en ellos participan...

Problema operativo: ausencias prolongadas de los eruditos...

Problema operativo: cambios intempestivos de horario...

Problema operativo: inexpertos reemplazando a los eruditos durante sus ausencias...

Problema operativo, problema operativo, problema operativo... pretexto operativo para ocultar la podredumbre que tras sus máscaras se esconde:

cursos y estudiantes al servicio de sus proyectos personales.

Tal es la situación y sus protagonistas: los jinetes de la muerte cabalgando en sillas púrpuras a sus dóciles corceles; los jinetes en sus fúnebres sillas... ¡Tantos tonos de ese púrpura pudiéramos mostrar!...

Púrpura primermundista al mejor estilo de Stephen Kithel y su proyecto de Afrobogotá, (hágase etnógrafo en dieciocho pasos por correspondencia); claro, Kithel, perdón, el doctor Kithel ya no está entre nosotros, pero otros jinetes llevan gustosos sus banderas y las del proyecto.

Púrpura postmodernista de insípida erudición en Teoría Antropológica II. Los desesperados intentos de Francisco Gutiérrez por acomodar sus "vastos" conocimientos en ciencias sociales y naturales a la teoría funcionalista, han alcanzado apenas para sancochos intelectuales, pues, según sus propias palabras, es bien poco lo que conoce de esa teoría.

No son de extrañar, entonces, el sinnúmero de "problemas operativos" que ha tenido el curso, con excusas

que están entre lo ridículo y lo cínico, como no dar la primera semana de clases por desconocer el horario de la asignatura, o no dar la segunda por no haber hecho el programa del curso aún; ni para qué preguntarse por qué clases de dos horas duran veinte minutos o una hora... Seguiremos "rezando" para que el IEPRI (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) deje de torturar a sus investigadores obligándolos a dictar clase como requisito para hacer parte de él.

Dos ejemplos recientes de un ya añejo problema, usualmente oculto bajo el democrático disfraz de la "libertad de cátedra"...

Junto a ese problema y alimentándolo, está la pasividad cómplice de los estudiantes, dóciles corceles, al parecer felices, o al menos tranquilos, con su posición de jineteados; su mediocridad e individualismo (no muy diferentes de la mediocridad e individualismo de los jinetes) los deja ver muertos, como almas en pena que van de curso en curso sin sentido, sin emoción, sin la pasión que sólo da la vida... ¡Felices han cabalgado los jinetes ante tanta tranquilidad! ¿Estaréis muertos?

.....

Jorge Zalamea

"El sueño de las escalinatas"

(primera parte, fragmento) 1957



Montada está la escena; plena la audiencia. Aquí, sobre las escalinatas, frente a los templos, bajo los palacios y con el río ciñendo mis lomos. Una gran audiencia humana que espera, sorbiéndose los labios amargos y restregando coléricamente uno contra otro los nudos de las rodillas, el proceso, la acusación y la condena de sus ubicuos verdugos.

La audiencia se reanuda y prosigue la acusación con este largo grito:

Oh, cándidos creyentes, ¿no estáis consintiendo acaso mi mando e idolatrando aquí mismo, ahora mismo, sobre las escalinatas, a los avisados delegatarios de vuestros verdugos?

Ved a estos altos simios de pelambre rubia, de cenicientas clines, de grisosas lanas e indecente trasero que ostenta la desolladura azulosa y rígida de las grandes heridas... Vedlos pululando en torno vuestro, tratando de imitar el lenguaje humano con sus breves ladridos y sus horrendos balbuceos pueriles; mendigando, robando o exigiendo toda cosa;

infatigables en la actividad codiciosa de sus largos dedos astutos, de sus engarfiadas uñas y de las rosadas palmas de sus manitas, siempre aptas para convertir los votos depositados en las urnas en billetes depreciados para usura de los humildes, beneficio de los poderosos y cuantiosa comisión de los intermediarios prestimanos.

¡Ved a esta desprezable horda, que pretende asemejarse al hombre, a nuestra condición; la horda que diezma las cosechas logradas con tan largo jadeo y tal angustia; la horda que casca con sus pequeños dientes aguzados y rechinantes el cacahuete del erario; la horda que después del ávido expolio, se disputa a sí misma para ir a chillar y gesticular bajo las cúpulas de los templos y sobre las terrazas de los palacios!

¡Ved a esos grandes monos hediondos a sudor de codicia, a orín de consentido vasallaje, tratando de treparse al árbol genealógico del hombre para triturar en sus más altas ramas, lo mismo que aquí, sobre las escalinatas y entre vosotros, las nueces que les tributa el creyente,

y mondar las frutas que el creyente les ofrece!

¡Ved que ni siquiera son la imagen de un dios arbitrario, ni el portentoso híbrido de magia y realidad, ni tampoco los



cancilleres de vuestra voluntad incierta, sino apenas la caricatura del ser humano; los ridículos apoderados que lograron de vosotros mismos las cartas credenciales que les abriesen las artesonadas salas del concejo, las yertas curules del congreso, las secretas cámaras episcopales, los tufosos cuartos de banderas para llevar a ellos el yermo testimonio de las promesas incumplidas, los sucios papeles de las componendas clandestinas, la jadeante amenaza de las

leyes represivas, el vitriolo de los impuestos y, desde luego, sus propias momias de irrisorios próceres!

Oh, creyentes de baja condición, de voluble memoria y de voluntad incierta, la primera exigencia fiscal en esta audiencia es vuestra desdeñosa ignorancia y el definitivo exilio de esa horda que pretende parecerse al hombre. El fiscal de esta audiencia os pide la proscripción, ahora y para siempre, de esa exigua tribu voraz, capaz de devorar en unas horas la cosecha sembrada, cuidada, saneada y recogida en las cuatro largas estaciones en las cuales levanta, amasa y cuece el hombre su pan escaso.

¡Fuera esa horda gesticulante, mendicante, amenazante, orante, blasfemante, gimiente, demente, que es apenas en sus trances y convulsiones la mueca obscena de la condición humana! ¡No más simios! ¡No más símbolos! ¡Sólo el hombre! ¡Sólo nuestra condición! ¡Acusa! ¡Acusa la audiencia!

Debo también, oh, creyentes, denunciar la estulticia, el abuso y el mito de las vacas sagradas que ambulan torpes y lentas por estas escalinatas. No son aquí, como la novilla alcanzada y penetrada por el dios, criaturas de belleza, vida y amor, sino

arilo vacío, matriz estéril, cesta sin fondo de la ignorancia y la miseria, triste trasunto de la condición contradicha a que os han reducido los ubicuos verdugos que nuestra audiencia busca y acusa. Vedlas aquí, sobre las escalinatas, vuestras vacas sagradas, con los cuernos en forma de lira, pintados con el cimilor de los idólatras para disimular la carie interna; con los saltones ojos entelados por la tristeza vergonzante de las cataratas, tejidas en una larga edad de hambre; plisado el cuello, neciamente engalanado con guirnaldas florales; plisado en la ausencia del bolo rumiable; exhibiendo en el lomo la humillación de la erosionada cordillera de los huesos, enjutos los ijares, y bajo el vientre pobre, la inútil ostentación de la ubre con sus cuatro grifos incapaces de ofrecer al hijo del hombre su leche solidaria de gran bestia doméstica, desesperada, acaso, de que ese mismo hombre tema emplear contra ella la cuchilla para su sacrificio redentor de ifigenia bovina.

Vedlas aquí, reducidas a la inutilidad de los vanos mitos, forzadas a ser los graves y ridículos símbolos de ese prolongado y también miope, triste y estéril rezongar de los filósofos, que evadidos de la condición humana, en sus polvorientas bibliotecas y en sus mentes más desveladas, desaladas y desoladas que la misma miseria sacralizada de las bestias, rumiaron y rumian las ideas puras reducidas a heno, los hechos vivos convertidos en paja, la verdad vital trocada en conserva como fruto para la invernada. Vacas sagradas, filósofos de ayer, hoy y mañana; unas y otros disimulando las razones del hambre con la deglución de la sosa saliva del ideologismo; eludiendo siempre los hechos ineluctables de la vida, las cosas entrañables del hombre; sólo para disputar los filósofos ante doncellas de anticipada menstruación literaria, ante iracundas jantipas menopáusicas, ante adolescentes de sexo incierto y ante rijosos sofistas, su dudoso derecho a escribir textos tan secos como el heno, tan fútiles como la paja y tan horros de la leche caritativa como vosotras, vacas sagradas, que aquí entre nosotros, sobre las escalinatas y bajo la ostentosa complacencia mecénica de templos y palacios, no podríais ser cosa distinta al agobiante, al agonizante retrato de filósofos engañosos, y usureros mecenas.

¡Más tengo aún por decir! No por oportunamente renegadas por los padres putativos que las bautizaron con el agua del mito y la sal del símbolo, dejan de ser esas novillas y esas vacas la más exacta imagen de las sacras palabras vertidas sobre ellas por los arteros verborreantes....

Todo un rebaño de vacuas ideologías babeando sobre vosotros; toda una manada de mentirosos conceptos vertiendo su estiércol chirle entre vosotros; toda una mugiente impedimenta retrasando vuestra marcha hacia el pan de cada día. ¡No más rumiantes! ¡No más falsarios de la razón! ¡Sólo hombres! ¡Sólo nuestra condición hasta ahora contradicha! ¡Acusa! ¡Acusa la audiencia!



Cualquier parecido es pura coincidencia